

ENRIQUE DE GANDIA

Por el Académico DR. SEGUNDO V. LINARES QUINTANA

Si fuera posible definir una personalidad en el menor número de palabras, podría decirse que Enrique de Gandía es un historiador eminente, un escritor fecundo, un filósofo de poca común profundidad, un pensador creativo, pero por sobre todas las cosas, un verdadero maestro en el más elevado sentido de la palabra y, abarcando tan honrosos y relevantes menesteres, un apasionado e incansable trabajador, que tiene la inmensa y quizás rara felicidad de haber podido cumplir una auténtica vocación en plenitud, que no sólo dedicó su vida a la historia, sino que además —como él mismo muy bien lo dijera— es también historia, por lo que ha visto y por lo que ha hecho.

En el merecido homenaje que le rindiera la Academia Nacional de la Historia, en 1980, al cumplir medio siglo de académico, de Gandía dijo: “cuando un hombre ha vivido tres cuartos de siglo es un poco historia. Yo me doy cuenta, sorprendido, que soy también historia. Por lo que he visto y por lo que he hecho. He publicado unos cien libros y más artículos que muchos periodistas. Estos libros han sido mi vida, y por ellos estoy aquí, entre tantos ilustres colegas”.

“Los viejos —agregaba entonces— acumulamos experiencias que de nada sirven a los jóvenes, y también acumulamos desengaños, fracasos, disgustos, que a veces hacen mirar la vida con desdén. Por ello, cuando se ha vivido mucho y se ha estudiado mucho y se ha amado y sufrido también mucho, se ve la juventud como algo que no se desea revivir. Yo no quisiera volver a ser joven, a pesar

de haber tenido una juventud rica y brillante, en trasatlánticos envueltos en músicas y en ciudades que entonces eran, sin tanto turismo, verdaderos paraísos. Yo quisiera que el tiempo se inmovilizara, que lo que vivo y vivimos hoy no pasara, pero el tiempo es una rueda que gira, que transforma el presente en pasado y el pasado en historia y nos enfrenta a un mañana que es un permanente desconocido, que lo mismo nos oculta una felicidad que la muerte. Por ello, repito, en este momento tan hermoso, en que tantos buenos amigos estamos aquí reunidos, voy a hablar a ustedes de mi juventud y de mi vejez”.

El Dr. de Gandía nació en la ciudad de Buenos Aires y cursó sus estudios en Francia, Italia y España, destacándose desde muy joven por su inteligencia y dedicación. Estudió e investigó con empeño y sin pausa, en los apasionantes dominios de la historia del arte, la genealogía y la historia americana, materias en las que adquirió pronto singular prestigio y autoridad dentro y fuera del país.

Profundizó en las vidas de Colón, Vespucio, Mendoza, Irala y otros conquistadores, temas sobre los que escribió valiosos trabajos, así como también sobre la historia del Paraguay y del Chaco, los indígenas, las cuestiones de límites en el siglo xvi, los piratas del Río de la Plata y muchas otras cuestiones vinculadas con la Conquista y el Virreinato, la Independencia argentina y americana. Debe señalarse que sus obras señeras *Nueva historia de América*, *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo*, *La revisión de la historia argentina*, *Napoleón y la independencia de América*, transformaron antiguos conceptos que prevalecían sobre las causas y el espíritu de la Independencia. Asimismo, ha estudiado, en páginas memorables, personalidades de la historia americana como Mariano Moreno, Bolívar, San Martín, Sarmiento, etc., publicando una *Historia de las ideas políticas en Argentina*.

De Gandía recibió justicieramente, por su larga, fecunda y brillante labor científica, importantes distinciones, tales como dos premios nacionales en letras, el premio que otorga el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, así como el que discierne la Institución Cultural Española. Es miembro de número, a la vez que decano, de las Academias Nacionales de la Historia y de

Ciencias Morales y Políticas, y hace poco también de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Igualmente, es miembro correspondiente de las Academias Nacionales de Historia de innumerables países de América y de Europa.

Como no circunscribió su actividad al estudio y la investigación sino que además volcó generosamente sus enciclopédicos conocimientos en la enseñanza, fue profesor titular en cinco Universidades, profesor emérito y profesor honorario, al mismo tiempo que miembro de numerosas instituciones científicas y culturales del mundo.

Verdaderamente resulta difícil encontrar un caso parecido al de de Gandía, en cuanto a una ejemplar y continuada dedicación al estudio, la investigación, la enseñanza y la divulgación de sus profundos conocimientos y sabiduría a través de la cátedra universitaria, el libro y toda otra clase de publicaciones. “Yo nací entre libros y cuadros —confiesa con orgullo—. Aquellos libros fueron mis esperanzas. Me enseñaron que el secreto de un escritor es hacerse entender. Desde niño fui, por tanto, un escritor”. Y ha dicho también: “en todo momento de tristeza, un libro me ha devuelto la ilusión”.

Lector infatigable, relata: “cuando mi padre comprobó que la historia era mi pasión, me compró todo género de libros de historia y de literatura. No le importaba que fuera a colegios. Lo que quería era que aprendiera idiomas y leyera buenos libros. En un invierno, mitad en Dax y mitad en Toulouse, en el Sur de Francia, leí las obras completas de Shakespeare e hice un resumen de sus argumentos. Mi padre, entonces, puso en mis manos los clásicos griegos y los dramaturgos españoles. Yo leía todo el día y mucho de la noche”.

El Maestro Loudet, en una de sus inolvidables lecciones, afirma que “es indudable que el destino del hombre está vinculado al cumplimiento de su vocación. De otro modo corre el riesgo de perderse o ambular por caminos que hoy son los suyos. La vocación y la vida están íntimamente unidas y el éxito de la segunda depende de la primera. Si respondemos con amor y perseverancia a esta inclinación de nuestro espíritu que llamamos vocación, no habremos errado nuestro camino, y siendo el nuestro, será nuestro destino”. Claro está que no es suficiente te-

ner una vocación, sino que además es necesario saber, querer y poder cumplirla. Bien observa Marañón que “lo esencial para cumplir con rigurosa eficacia nuestra misión social no es la aptitud sino la afición, palabra ésta que los españoles debemos ajustar a su sentido estricto de amor a la cosa elegida y de ahínco y eficacia en ese amor. . . Afición, vocación, es amor al deber, o deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido. En cambio, la aptitud origina tan sólo un derecho, y los hombres con derechos sólo, no van a ninguna parte”.

De Gandía, cumpliendo en plenitud su vocación, acertó su camino —la estrella, como diría el Dante— y triunfó en la vida. Él mismo nos cuenta: “en Madrid, cuando iba a entrar en la Facultad de Derecho, mis padres advirtieron que la historia era mi pasión. Mi padre me dijo: «Te dejo elegir el camino de tu vida, pero tienes que llegar a ser un gran historiador.» La sagrada promesa fue cumplida: el entonces joven es hoy uno de los grandes historiadores argentinos y su prestigio es universal.

“Reconozco —ha escrito de Gandía— que desde el punto de vista académico, soy un enamorado de la historia, a la cual consagré mi vida, y de las ciencias morales y políticas, o sea, de las mores, las costumbres de los pueblos, y el gobierno de las naciones; pero junto a estos ideales tuve otros que los complementan: el arte, la filosofía y la teología. Por ello, acudí a la teología para explicar los orígenes de Mayo y el espíritu liberal que siempre ha animado nuestra historia. Por ello miré el federalismo como una consecuencia lógica de la libertad que disfrutaban los hombres de nuestra tierra. Por ello afirmé que nuestra historia es una lucha continua por un Congreso, una Constitución, una Capital y una Presidencia, es decir, para alcanzar un gobierno liberal.”

El historiador, el jurista y en general el escritor deben cuidarse de no expresar su pensamiento de una manera confusa, incoherente, ambigua, ampulosa o declamatoria, evitando lo que Ortega denominaba *fraseología*, que no es sino la falsificación o el adobamiento de la realidad, es decir, la insinceridad. Por eso es destacable el claro, sobrio y elegante estilo de de Gandía. A propósito ha dicho: “mi gran amigo es Voltaire. Me enseña a ser conciso, claro y concreto. Hay que escribir ideas, no palabras. Vol-

taire, con su ironía, es un insuperable maestro de historia". Y puntualiza que "la historia debe ser clara, luminosa, accesible a la gente inculta que pretendemos transformar en culta. El secreto de una buena enseñanza está en la claridad; pero, para ser claros, hay que estudiar años y llegar uno mismo, antes que los demás, a entender, a saber a fondo, lo que se va a enseñar. Por ello, mis alumnos han sabido siempre mis lecciones y ninguno, ninguno perdió su año por mi culpa".

¿Cuál es el secreto de la notable claridad y concisión que luce el estilo de este maestro de la historia y de la vida? Él mismo lo devela cuando con ternura explica: "mi padre me decía: «que no te dé por el estilo de Cicerón, ni el de Castelar; prefiero que sigas el de Anatole France»". Y agrega: "mi madre, a veces, me corregía algún artículo en el que comentaba un match de boxeo o una regata de traíneras. «Cuando te salga un párrafo sin un punto, de más de dos líneas, ya sabes que está mal escrito.» Tenía razón y he tratado siempre de seguir sus consejos. Abandoné los manuales de retórica y poética y me consagré a la concisión y a la claridad".

En tren de confidencias y con su característica autenticidad, confiesa de Gandía: "he tenido siempre admiración por las Academias. En España, cuando concurría diariamente a la Real Academia de la Historia, empecé a admirar a aquellos hombres realmente admirables. Los fui conociendo a todos, uno a uno, como si coleccionara amistades preciosas, y supe de sus muertes cuando me hallaba en países lejanos. En mi patria, tuve la emoción de ser nombrado, en una juventud vergonzosa, miembro de una Academia Americana de la Historia. Había sido fundada en La Plata. Su primer Presidente había sido Joaquín V. González".

El Maestro Loudet distinguía tres edades: la edad del almanaque, la edad de las arterias y la edad del espíritu, y decía que esta última era la que debía tener prevalencia. De Gandía mantiene en espíritu y alma la juventud. "En nuestra vejez —explica— nos sentimos extrañamente fuertes como si viviéramos otra juventud. Lo que ocurre es que hay, en hombres y mujeres, una juventud eterna. Cuando estamos viejos no se ve, pero la juventud, ese ánimo de los veinte años, nunca se pierde. Es siempre el mis-

mo y nos acompaña hasta el último instante de nuestra vida.”

También ha escrito: “si yo tuviera que empezar a vivir otra vez haría, con verdadero amor, todo lo que hice. No estoy arrepentido de nada. Volvería a escribir mis primeros libros románticos y pasaría lentamente a la historia, como hice entonces y como estoy haciendo ahora en que vuelvo, como en mi juventud, a leer los autores que entonces leía”. Hoy, como ayer, de Gandía estudia y produce incansablemente en el más alto nivel intelectual. Quizás lo hace con mayor intensidad que nunca, no olvidando que, como escribiera Schopenhauer, “el tiempo corre lento al comenzar la jornada y vertiginosamente al terminarla”.

Hace algunos años, ocupándonos de otro eminente intelectual argentino, recordaba que cuando el Dante, en su inmortal libro, desciende al infierno llevado de la segura mano de Virgilio, encuentra allí a Bruno Latini, quien fuera su maestro en vida, quien le imparte su postrer consejo:

“Si sigues tu estrella

No puedes dejar de arribar a glorioso puerto.”

De Gandía siguió su estrella y arribó a glorioso puerto.